

«El hito de la inteligencia artificial: el miedo humanofrente al espejo de su propio conocimiento»

Jacqueline Palacios

Córdoba, Argentina

Hace años soñábamos con un presente distinto. Creíamos que los cielos estarían surcados por autos voladores, que la comida cabría en un pequeño comprimido, que viviríamos en casas que pensarían por nosotros, rodeados de androides imposibles de distinguir de un ser humano. Imaginábamos hologramas luminosos invadiendo las calles, drones cruzando los aires como pájaros de metal e inteligencias artificiales que, con voz propia, nos hablarían como si tuvieran alma.

Aquello parecía un espejismo fascinante: dar cuerpo a lo que solo existía en la mente. Quien se atrevía a creer en esos futuros era tildado de soñador, un viajero extraviado en un mundo que tardaría siglos en hacerse realidad. El cine, con películas como Terminator, supo alimentar esas fantasías y también nuestros temores: la visión de máquinas que, idénticas a nosotros pero más fuertes, podían volvernos sus súbditos.

Hoy, aquel miedo no se ha extinguido. Permanece, aunque muda. Cada vez que la tecnología da un salto, sentimos la sacudida de la incertidumbre; el temor escala, se instala, nos agita. Pero el tiempo obra como un bálsamo: lo que ayer fue amenaza se vuelve costumbre, y así regresamos al equilibrio, a esa calma que no es más que la familiaridad disfrazando lo desconocido. El interrogante acerca de si la “máquina” terminará por reemplazarnos no es nuevo: nos acompaña desde hace siglos, cada vez que el ingenio humano dio a luz a un artefacto que prometía facilitarnos la vida. Y, sin embargo, pese a esa sospecha constante, hemos sabido adaptarnos. Porque el hombre no solo crea; también se transforma con lo que crea.

No es necesario retroceder demasiado en la historia: la revolución industrial desplazó a miles de obreros, dejando tras de sí miedo y miseria. Sin embargo, con el paso del tiempo, aquellos oficios perdidos se transformaron en otros, y la rueda del trabajo continuó girando. Así es nuestra especie: imaginamos, inventamos, y en esa misma dinámica nos reinventamos.

Hoy habitamos aquel mundo que, no hace mucho, solo existía en las películas futuristas. Y resulta asombroso comprobar cómo lo que parecía inalcanzable se ha vuelto no solo posible, sino cotidiano para millones de personas. La tecnología nos abre puertas que antes parecían muros infranqueables:

Una madre puede hablar y ver a sus hijos en otro continente como si estuvieran en la misma mesa.

Un abuelo recupera amistades de la infancia con un simple clic.

Un joven fabrica objetos con su propia impresora 3D y los convierte en un emprendimiento.

Una persona incapaz de viajar se coloca unas gafas de realidad virtual y descubre paisajes que jamás habría pisado, volviéndose estos ventanas a otro mundo.

Lo que ayer era quimera, hoy nos rodea: Las casas, ahora inteligentes, parecen cómplices. La luz se enciende antes de que toquemos el interruptor, el café se prepara al intuir la rutina del cuerpo. Robots domésticos que no caminan como en las viejas películas, pero limpian, vigilan e incluso conversan con una naturalidad inquietante. Cerraduras que reconocen huellas y rostros, publicidades holográficas que en Japón superan a cualquier cine 3D, androides que imitan a los humanos e incluso a las mascotas, automóviles que se conducen solos, teléfonos que guardan más información que antiguas computadoras de escritorio y cámaras que rivalizan con las profesionales. Drones que los niños reciben como juguetes, auriculares que traducen voces al instante, borrando fronteras de idiomas que por siglos nos dividieron.

Las promesas de los viejos futuros del cine no se cumplieron del todo. No desayunamos comida encapsulada como en Volver al Futuro 2, pero nuestras heladeras hablan, recomiendan recetas y hasta ordenan víveres con un simple gesto.

No tenemos máquinas del tiempo, aunque los algoritmos nos devuelven el pasado con precisión: fotos restauradas, voces de familiares que ya no están, recuerdos reconstruidos por inteligencia artificial.

No vemos autos voladores en las calles, pero sí hay vehículos que se conducen solos que dibujan otra utopía: la de confiar en la máquina y soltar el volante.

El mundo no huele a ciencia ficción... aunque, al mirarlo bien, resulta de ensueño con gestos más íntimos: la palabra traducida al instante, la música que adivina nuestro ánimo, la casa que respira con nosotros. Lo futurista ya no es un espectáculo de neón, sino una rutina tan común que casi no la vemos.

De hecho, las primeras chispas de lo que hoy llamamos inteligencia artificial aparecieron a mediados del siglo XX. En 1950, Alan Turing formuló la pregunta que abriría un camino sin retorno: ¿pueden pensar las

máquinas?¹ Ese interrogante, sobre si podían razonar como nosotros, fue el primer paso hacia un horizonte donde lo humano y lo artificial comenzarían a entrelazarse. Poco después, en 1956, John McCarthy acuñó oficialmente el término inteligencia artificial durante la célebre conferencia de Dartmouth, considerada por muchos como el verdadero nacimiento de esta disciplina².

El verdadero salto ocurrió con el nacimiento de las IA conversacionales. Capaces de responder, crear y hasta hacernos compañía con la ilusión de una voz amiga. Ahora, esas inteligencias nos acompañan, guían y cuestionan lo que hacemos. No son otra cosa que una metáfora de espejismos invisibles de nuestra propia imaginación.

Ella está allí, agazapada en los pliegues de lo cotidiano, operando como un pulso silencioso. Vive en casi todo lo que calificamos de “inteligente”, desde los teléfonos y automóviles hasta los algoritmos invisibles que ordenan nuestras redes sociales. Son sistemas complejos, con capacidad de aprendizaje autónomo, aunque no siempre seamos conscientes de su presencia.

Esa omnipresencia explica también parte del miedo: un temor que no siempre razonamos, pero que brota de lo profundo, como una resistencia instintiva al cambio.

Y entonces asalta la sospecha: ¿qué ocurrirá con nosotros, con nuestras profesiones, con los oficios que creíamos irremplazables?

Como siempre en los grandes giros de la historia, se abren dos posturas bien definidas.

Por un lado, unos aseguran que la IA es una aliada, un brazo extendido que nos vuelve más veloces, más precisos, más libres de errores. Argumentan que nunca podrá sustituir al profesional porque carece de empatía, de la sensibilidad necesaria para interpretar un contexto humano en toda su irregularidad. La vida no se pliega a fórmulas exactas, y en esa grieta la IA se muestra limitada. Aun con sus avances, sus respuestas siguen siendo racionales, carentes de esencia, y requieren de especialistas que alimenten sus sistemas con datos y conocimiento.

Por otro lado, están los que advierten que este mismo aliado podría volverse un usurpador, un viento arrasador capaz de borrar oficios enteros, relegando al ser humano a la periferia de su propio invento.

Ven en ella un poder capaz de desdibujar el trabajo de contadores, abogados, administradores e incluso de los analistas de datos, una de las carreras con mayor auge en el presente, que mañana podría ser reliquia.

No la miran como herramienta, sino como agente de cambio, un arquitecto invisible que reconfigurará radicalmente el mundo del trabajo.

Yo, en cambio, prefiero detenerme en la grieta intermedia. No es la máquina lo que dicta el destino, sino el uso que hagamos de ella y cómo decidimos gestionarla.

Cada herramienta encierra promesas y amenazas, y la pregunta verdadera es otra: ¿nos ayuda la IA a desplegar lo mejor de nosotros, o nos adormece en la comodidad de no pensar?

Toda herramienta es ambigua: cuchillo que alimenta o que hiere.

Un estudiante puede pedirle a la IA que le resuelva un examen completo, o puede usarla para organizar sus apuntes y estudiar con mayor claridad. ¿Cuál de los dos hace “buen uso”? La respuesta nunca es unívoca; depende siempre del ojo que observa.

Se acusa a los jóvenes de ser menos reflexivos, de delegar en la máquina lo que antes exigía sudor. Las estadísticas sobre comprensión lectora parecen confirmar ese reproche: “ya no piensan, solo preguntan y aceptan lo que se les dice”.

Pero no lo creo tan simple. Las preguntas existenciales siguen ahí. Solo cambió el modo de buscarlas.

La IA no clausura la duda; al contrario, muchas veces enciende la primera chispa que lleva a otras preguntas. Lo que antes tardaba horas en un proceso lento de ensayo y error, hoy ocurre en minutos. Ese tiempo liberado puede volverse espacio para crear, para vivir, para pensar distinto.

Hay algo más revelador aún: la IA nos mostró la fragilidad de nuestro propio lenguaje.

Quien no formula con precisión un pedido difícilmente obtenga lo que desea. Como en todo diálogo humano, aprendemos a expresarnos con mayor claridad, y en ese ejercicio también nos descubrimos.

La máquina aprende de nosotros; nosotros aprendemos a dialogar con ella.

Se parece a un nuevo jefe en el trabajo: al inicio dudamos, pedimos aprobación constante, tememos equivocarnos. Pero poco a poco entendemos su lógica, afinamos la relación y encontramos confianza. Con la IA sucede

¹ Turing, A. M. (1950). Computing machinery and intelligence. *Mind*, 59(236), 433–460

² Dartmouth College. (s. f.). Artificial Intelligence (AI) coined at Dartmouth.

lo mismo: pasamos de la obsesión por guiarla con detalle, al asombro de descubrir que puede anticiparse a nuestro deseo.

Por eso, sostengo que la inteligencia artificial no nos achica, sino que, bien guiada, puede engrandecer lo humano. Amplifica proyectos, abre puertas de conocimiento, nos enfrenta a nuestras propias limitaciones para convertirlas en oportunidades.

¿Reemplazará profesiones? Quizá sí, en lo repetitivo, en lo rutinario. Ya lo hace con trámites, formularios, procesos jurídicos. En el ámbito jurídico, por ejemplo, algunos sistemas de derecho administrativo comienzan a valerse de IA para ejecutar procedimientos, lo que disminuye tiempos procesales y abarata gestiones que antes demoraban meses.³

Pero incluso allí lo decisivo no es la máquina, sino la sensibilidad con que gestionemos su poder.

La empatía —ese don tan frágil y profundamente humano— sigue estando de nuestro lado. La IA, de manera independiente, no puede comprender los matices de nuestras emociones. Pero si se le proporciona el contexto adecuado, puede responder con mayor precisión, no por un sentimiento propio, sino porque recoge y reorganiza lo que sabe, aquella experiencia humana que alimenta su base de datos.

Pensemos en el área de recursos humanos. Dar un feedback honesto sin desmotivar al empleado es un arte delicado. Supongamos un caso: un trabajador cumple con todas las tareas asignadas, pero a la empresa le preocupa su falta de iniciativa. Comunicarlo directamente puede resultar contradictorio para él: “si hago bien lo que me piden, ¿por qué está mal?”. En esas situaciones, un responsable puede recurrir a la IA para encontrar fórmulas más empáticas, sugerencias de comunicación que transmitan el mensaje con claridad y cuidado, evitando que el empleado se sienta atacado o confundido.

Entonces, ¿cómo temer a lo que nace de nuestro propio ingenio?

El miedo nos paraliza como una corriente invisible. Pero la IA no es un monstruo acechando en la orilla: es un mar abierto. Mirar ese azul profundo y estar sumergido en él cuando no tenemos la certeza de si hay tierra firme cerca de nosotros. Aunque no nos ahogamos, tampoco sabemos bien dónde estamos o hacia dónde nadar y ni siquiera adónde terminaremos. Ese miedo no es más que un reflejo de la incertidumbre de nuestra posición en una competencia que creemos estar contra algo imposible de igualar, la máquina. Y allí está el error: querer rivalizar con la máquina es tan absurdo como medir nuestra vida en función de los mandatos sociales —trabajar, recibirse, casarse, tener hijos— en la misma edad que otros. La frustración aparece cuando convertimos la propia existencia individual en una carrera contra todos los demás, en lugar de enfocarnos en nuestros propios intereses.

La IA funciona de manera similar. No es un contrincante individual al que podamos vencer, sino que puede verse como el resultado de millones de manos y mentes de otros seres humanos igual que nosotros, otros profesionales que afinan estos algoritmos. Entenderla como una creación colectiva, que crece con cada interacción, permite dar cuenta de que esa rivalidad es absurda y sin sentido, porque sería como competir contra la suma entera de la humanidad.

Aunque su accesibilidad aún se ve afectada por desigualdades. Hay países que avanzan rápido y otros que aún no cruzan la puerta de entrada. Pero la tendencia, aunque lenta y persistente, nos empuja cada vez más hacia una apertura inclusiva.

La IA no es un fin en sí mismo: nos muestra lo que somos capaces de imaginar, como un espejo que al mismo tiempo nos obliga a preguntarnos qué haremos con ello.

Juntos, el hombre y la máquina, lado a lado, hoy caminan sobre un puente construido con la memoria del pasado y la energía del presente. Nuestros antepasados imaginaron mundos imposibles, trazaron mapas en el cielo y encendieron en el fuego los primeros símbolos de lo que algún día sería posible. Ahora, las máquinas, hijas de nuestras manos y de nuestra razón, multiplican esa herencia y nos devuelven, como un espejo, no solo de lo que soñamos, sino también lo que hemos alcanzado.

Porque el ser humano y la inteligencia artificial, el ayer y el ahora, no son opuestos, sino eslabones de una misma cadena que nunca deja de forjarse. La historia nos recuerda de dónde venimos; la tecnología nos muestra hacia dónde vamos. Sin embargo, nuestra esencia sigue latiendo, reflejando en cada latido esa capacidad de imaginar, de soñar más allá de los límites visibles, que tenemos los seres humanos.

³ Poder Judicial de Córdoba. (diciembre 2022). Poder Judicial extiende la “gestión automatizada” al Fuero de Ejecución Fiscal de toda la provincia. Justicia Córdoba.

Ya no se trata de elegir entre lo humano y lo artificial, sino de reconocer que ambos laten en un mismo pulso: el deseo de ir más lejos. El pasado demuestra que siempre fuimos soñadores; la actualidad confirma que podemos ser creadores sin fronteras. Y quizás, si dejamos a un lado el peso de los temores y la sombra de nuestras inseguridades, descubriremos que no hay horizonte demasiado lejano ni frontera imposible. Prefiero creer que mientras seamos capaces de concebir un anhelo, y una máquina sea capaz de expandirlo, no podrá existir una frontera que no pueda ser atravesada. Y que en ese cruce entre memoria y porvenir, entre lo inefable de nuestro ser y los algoritmos, se abre ante nosotros el verdadero camino: la conquista de todo aquello que cualquiera de nosotros seamos capaces de imaginar.

“La imaginación es el motor que permite a los seres humanos transformar la realidad; nuestra capacidad de concebir lo que no existe es lo que nos impulsa a crear herramientas, sistemas y mundos nuevos.”

Howard Gardner, *The Disciplined Mind* (1999)

«El hito de la inteligencia artificial: el miedo humano frente al espejo de su propio conocimiento»

Jacqueline Palacios
Córdoba, Argentina

PRIMER PREMIO

Ganadora de Categoría - Ensayo libre de No-Ficción

IV Concurso Escritura Creativa UPE - 2025

“El futuro de la inteligencia artificial: perspectivas críticas y proyecciones”



UNIVERSIDAD
PROVINCIAL
DE EZEIZA



Universidad
Pública
Argentina